



# CABOS SUELTOS

CICLO DE DRÍMAR 2

RODOLFO MARTÍNEZ





# **CABOS SUELTOS**

(Ciclo de Drímar /2)

**RODOLFO MARTÍNEZ**



Primera edición: Octubre, 2010

© 2010, Rodolfo Martínez

© 2010, Rodolfo Martínez por «Bailando en la oscuridad»

© 1995, Rodolfo Martínez por «El robot»

© 1999, Rodolfo Martínez por «Este relámpago, esta locura»

Ilustración de portada: © 2010, Juan Miguel Aguilera

Diseño de cubierta: Alejandro Terán

ISBN 10: 84-937877-3-8

ISBN 13: 978-84-937877-3-8

**SPORTULA**

[www.sportularium.com](http://www.sportularium.com)

[sportula@sportularium.com](mailto:sportula@sportularium.com)

Prohibida la reproducción de cualquier parte de esta publicación, así como su transmisión o almacenamiento por ningún medio, sin permiso previo del autor.

# Bailando en la oscuridad

*No soy gran cosa. Hay cosas que puedo hacer. Puedo disparar, puedo mantener mi palabra, puedo trabajar en sitios estrechos y oscuros. Así que las hago.*

Raymond Chandler & Robert B. Parker:  
**La Historia de Poodle Springs**

# 1

## Farándula

Si algo odio en este mundo son los paraguas. Claro que odio muchas otras cosas, pero no es el momento ni el lugar para hablar de ello. Así que no es extraño que llegase al teatro completamente empapado y que la entrada que le tendí al portero fuera un pingajo apenas reconocible. Me miró, arqueó una ceja con lo que él debía considerar aristocrático desprecio y me avisó:

—La función ya ha empezado, señor.

—Gracias. Esperaré al entreacto.

El portero no dijo nada más y yo, después de quitarme el abrigo chorreante, crucé el vestíbulo y me detuve junto a la puerta de la sala. No estaba cerrada, aunque la cortina no me dejaba ver lo que ocurría dentro. La aparté mínimamente a un lado y eché un vistazo. En el escenario una especie de bufón juzgaba a tres sillas mientras un hombrecito viejo y consumido balbuceaba algo ininteligible. Bien por el viejo Will: incluso mil años después de su muerte los aficionados seguían empeñados en destrozar sus obras.

Sentí que una mano me tocaba suavemente en el hombro. Seguramente era el portero, para decirme que volviera a poner la cortina como estaba. Me volví, improvisando rápidamente una respuesta llena de agudeza que jamás llegó a ocurrírseme y que nunca necesité.

—Vaya horas, ¿eh?

—Lo siento, Eva, llegué tan pronto como pude

Era Evelyn Roeder, la directora de la obra y el motivo por el que yo hubiera ido allí aquella tarde. Es curioso como son estas cosas: hacía por lo menos seis años que no sabía nada de ella y luego, la semana pasada, nos habíamos encontrado en mitad de la calle. Ignoro qué pensó ella al verme, pero yo me alegré bastante; las cosas no me iban demasiado bien últimamente y siempre resulta agradable encontrarse con alguien como Eva. Habrá quien diga que es demasiado baja, que su rostro no resulta muy expresivo y que su forma de vestir puede calificarse como mínimo de «sosita» («rancia» también sería un apelativo adecuado). Hasta yo mismo estaba de acuerdo con eso. Pero son detalles que carecen de importancia frente a una

cara hermosa, un carácter comprensivo, una inteligencia despierta y un hermosísimo culito en forma de corazón. Sí, sin duda soy vulgar, mi madre nunca se cansó de repetírmelo, pero a estas alturas ya es un poco tarde.

El encuentro casual había desembocado en una larga conversación frente a dos tazas de café que había llevado inevitablemente a una invitación para la obra que ella dirigía y que se iba a estrenar una semana más tarde. Nunca me ha entusiasmado el teatro, lo considero algo insoportablemente anacrónico y falto de gracia, pero no podía negarme a la invitación.

—¿Cómo va la cosa?

—Bien, los chicos estaban muy nerviosos, pero ya se les ha pasado. Vamos al bar.

Nunca rechazo una copa, así que mientras aquel acto terminaba nos tomamos un par de vodkas, completamente solos en mitad del bar del teatro, contemplados por un camarero que parecía a punto de caerse de sueño. Fingía limpiar unos vasos, pero no parecía molestarse mucho en que su actuación resultara convincente. Con nuestras copas en la mano, Eva y yo fuimos hacia la ventana y nos sentamos bajo ella.

Era profesora de literatura en el Instituto Álbrez, fundado bajo los auspicios de la Orden Soyatu y parcialmente financiado, cómo no, por la todopoderosa familia que le daba nombre al centro. Una vez al año, sus alumnos preparaban una obra de teatro, y aquel curso le había tocado el turno al bueno de Shakespeare y su *Rey Lear*. La mayor parte del público que asistía eran, supuse, padres y parientes de los actores en ciernes, profesores del instituto y algún despistado que se había colado dentro huyendo de la lluvia que amenazaba con borrar a Neoyorquia del mapa. Al día siguiente saldría una amplia crítica en el periódico colegial, un par de líneas en algún diario local, y un comentario de pasada en el telediario de la emisora de la ciudad: lo de siempre. Durante unos meses los muchachos se pavonearían por todas partes, hablarían de sus proyectos como actores profesionales y luego, cuando años más tarde terminasen convertidos en abogados, ingenieros, médicos, llevarían a sus hijos al Instituto Álbrez y les explicarían con todo lujo de detalles cómo ellos habían representado a Shakespeare cuando tenían su edad. El hombre es un animal bastante monótono, por lo general.

Durante quince minutos charlamos de trivialidades, ocultándonos con mucho cuidado a nosotros mismos tras una cortina de

frases pretendidamente ingeniosas. Pero no me hacía falta ser un lince para ver que Eva estaba nerviosa: quería decirme algo y no terminaba de decidirse. Bueno, acabé haciéndolo por ella:

—¿Qué es lo que pasa? —pregunté.

—Nada, ¿qué iba a pasar?

—Vamos, Eva, llevas un cuarto de hora al borde del asiento y a punto de saltar de él. O quieres decirme algo y no te atreves o hay una colonia de termitas en la silla. Tengo la impresión de que es lo primero, no sé por qué.

No contestó enseguida. Terminó su vaso de vodka (era el segundo), me miró unos instantes, pareció indecisa entre levantarse y seguir sentada y dijo al fin:

—Sí, tengo algo que decirte, Roy, pero no estoy segura... Si te invité a venir la semana pasada fue por eso. Ya sé que odias el teatro.

Tenía buena memoria, sin duda, así que no me molesté en rebatir su afirmación.

—Escucha —siguió diciendo—. Después de la obra iremos a cenar y luego daré una fiesta en mi apartamento para los chicos. ¿Por qué no vienes?

¿Por qué no? No tenía nada mejor que hacer. Hacía por lo menos dos semanas que ni un cliente cruzaba la puerta de mi despacho, así que no había nada urgente en mi agenda y mis planes originales para aquella noche habían sido emborracharme frente al televisor. Lo que Eva me proponía era bastante mejor, incluso aunque no terminase en su cama (y tenía la impresión de que no iba a terminar allí), así que no me costó mucho trabajo aceptar.

Para abreviar, la obra terminó con una atronadora salva de aplausos y los clásicos gritos de «¡Bravo! ¡Bravo! ¡El director, que salga el director!». Incluso algún despistado reclamó la presencia del autor en el escenario, pero como no había ningún médium por allí cerca, la cosa no pudo arreglarse. Una pena: habría sido un buen golpe de efecto. Luego, yo fui presentado a los entusiasmados actores y más de uno me miró con esa socarronería que en los adolescentes de hoy en día ha reemplazado a la curiosidad. Supongo que estarían intrigados ante el nuevo ligue de su profe. Bueno, que lo estuvieran.

La cena estuvo bien y se regó abundantemente con vino para Eva y para mí y con cerveza para los actores. En tiempos menos felices habrían tenido que contentarse con un refresco, pero hacía años que los mayores de quince podían consumir determinadas

bebidas alcohólicas. Claro que, por lo que había visto últimamente, solían preferir otro tipo de estimulantes. La última era la droga de moda entre los adolescentes: no solo te ponía bien sino que te permitía sacar buenas notas. La droga perfecta. El hecho de que destrozase el hígado y terminase haciendo papilla las sinapsis eran pequeños detalles carentes de importancia. Además, ¿quién demonios se preocupa por el futuro cuando tiene dieciséis años? Yo lo había hecho, pero no se me puede tener en cuenta: por aquella época era muy joven.

Dos horas más tarde estábamos en casa de Eva, y la mayoría de los chavales saqueaban su mueble bar sin el menor escrúpulo. A Eva eso no le importaba, así que decidí que no era asunto mío. Además, a aquellas alturas yo no era precisamente el hombre más sobrio del mundo. La habitación todavía no había empezado a girar a mi alrededor, pero en un par de horas o tres comenzaría a hacerlo.

Mientras sus alumnos bebían, bailaban, ponían música y, algunos, se sobaban distraídamente en las esquinas, Eva me llevó a un lado y me preguntó:

—¿Qué te parecen?

Me encogí de hombros. Qué sé yo de los adolescentes. Mi propia adolescencia no había sido muy memorable y lo poco que podía recordar de ella no resultaba demasiado alentador. Enamoramientos, desengaños, ideales, grandes proyectos, amistades eternas a las que habías perdido la pista diez años más tarde, esas cosas.

—Bien —dije, soltando el primer topicazo que acudió a mis labios—. Parecen buenos chicos.

—Lo son. —Se mordió el labio, indecisa. Aquel gesto suyo siempre me había encantado—. Hay... no sé si debería decírtelo. Algunos de ellos...

—Vamos, tranquila.

—Creo que alguien les está pasando droga —dijo al fin, en voz muy baja.

Así que era eso. Bueno, qué podía hacer yo. Me encogí de hombros. Eva abrió la boca para añadir algo más, pero en aquel momento se nos acercaron cinco chavales. Eran dos muchachas y tres chicos y reconocí en uno de ellos al bufón que había juzgado a las tres sillas.

—¿Es verdad que es usted detective privado? —me preguntó uno de los otros de sopetón. Era un chaval robusto, con pinta de estar destinado, en diez o quince años, a terminar convertido en una bola

de grasa llena de canas y bolsas bajo los ojos mientras, seguramente, hacía temblar el mercado de valores con solo estornudar.

—Me temo que sí —contesté.

—¿Ves? —le dijo el que había interpretado al bufón: delgado, nervioso, con gafas, me recordó a mí mismo quince años atrás. Sonrió tímidamente y me tendió la mano—. Vi su foto cuando el asunto de la Abadía, señor Córdal.

Le estreché la mano, que él apretó calurosamente. No me gustaba que me recordasen lo de la Abadía, pero aquel chaval no podía saber que yo había perdido a mi mejor amigo en aquel caso, así que traté de sonreír lo más amablemente posible. El chico me miraba, como esperando que le dijera algo. Por segunda vez en aquella noche, eché mano de mi siempre amplia reserva de tópicos y solté:

—Una interpretación estupenda.

Pareció decepcionado.

—En realidad no tiene el menor mérito. Es el clásico papel en el que puedes sobreactuar lo que quieras y nadie se dará cuenta nunca.

No supe qué responder, ni falta que me hizo. Su amigo intervino en la conversación, con una sonrisilla cínica, y dijo:

—¿Qué tipo de detective es usted: Holmes o Marlowe? —su voz rebosaba una amabilidad mordaz.

Bien, bien, al chaval le gustaba pinchar. Juguemos.

—Más bien del tipo Córdal —dije.

—¿Y eso como viene a ser?

—Una mezcla entre la señorita Marple y Jack el Destripador, más o menos. Según los días.

—¿Y en qué fase está ahora?

Antes de que pudiéramos seguir enzarzándonos en aquel intercambio de pullas, el otro chaval volvió a intervenir:

—Deja en paz al señor Córdal, Syd. Nosotros estamos acostumbrados a esa especie de mal gusto que llamas ingenio, pero él no tiene por qué aguantarlo.

Eso no pareció causar demasiado efecto en su amigo, quien se limitó a sonreír angelicalmente.

—No pasa nada —dije—. Y podéis llamarme Roy.

A todo esto, los otros tres chavales no habían intervenido en la conversación. El otro chico y una de las chicas parecían demasiado ocupados intercambiándose miraditas dulzotas, muy en su papel de

pareja oficial del instituto. La chica que quedaba se limitaba a mirarnos en silencio. No podía ser definida como guapa: había algo demasiado vulgar en su rostro, pero su cuerpo proclamaba a gritos el esplendor y la insolencia de los dieciséis años. Durante toda la conversación parecía haber estado comiéndoseme con dos ojos enormes y pardos y tuve la impresión de que, si la hubiera dejado, se me habría comido con otras partes de su cuerpo. La idea no me desagradó.

Mientras tanto, Eva intervino y, aunque ya me los había presentado en el teatro, volvió a hacerlo ahora, suponiendo correctamente que yo ya no me acordaba de sus nombres. El chaval que había hecho de bufón se llamaba Carlos y el otro, como acaba de oír, Sydney. La parejita respondía a los nombres de Claudia y Julio, lo que no dejaba de tener gracia si uno era aficionado a la genealogía de las familias imperiales romanas. La otra muchacha me fue presentada como Clara y me saludó con un «¿qué tal?» emitido con una voz ligeramente ronca.

Poco después, Carlos, Sydney y Eva se habían enzarzado en una conversación sobre los métodos interpretativos y yo me escabullía en dirección a la cocina en busca de hielo. Mientras echaba un par de piedras en mi vaso, oí abrirse la puerta a mis espaldas. Me volví: no me sorprendió mucho encontrarme con Clara, que caminaba decidida hacia mí.

—¿Lleva pistola? —preguntó.

No era la insinuación más sutil que me habían hecho en toda mi vida, así que no me resultó muy difícil captarla.

—Cuando hace falta —respondí, guardando la cubitera en el congelador y cerrando la puerta.

—Bien —dijo ella.

Antes de que pudiera reaccionar la tenía enroscada alrededor de mi cuerpo y su boca exploraba la mía con una curiosidad científica digna del mejor espeleólogo. Su cuerpo era tan flexible y adaptable como una masa de protoplasma, aunque mucho más agradable, y su lengua un taladro tierno que buscaba algo en mi oreja. No pareció encontrarlo, así que siguió explorando aquí y allá, sin acabar de decidirse del todo.

De pronto, me soltó. Me miró sonriente y dijo:

—Hasta la vista.

Así que me quedé allí, solo en mitad de la cocina, con un vaso con dos piedras de hielo en la mano y una ligera incomodidad bajo

los pantalones. Vaya con las nuevas generaciones, pensé. Luego, la puerta se volvió a abrir y Eva entraba por ella.

—¿Ya has contactado con Clara? —preguntó, divertida.

—Más o menos. Ha estado a punto de violarme, pero a última hora cambió de idea. No sé por qué.

—Ya. Trae locos a Carlos y Sydney. Y media docena más. Pero ellos dos son su juguete favorito.

—Pobres chicos.

Miré a mi alrededor en busca de algo que echar al vaso. Había una botella de martini: no era lo que buscaba, pero tendría que servir. Llené el vaso y lo vacié casi enseguida.

—Esa chica va a causar problemas dentro de un par de años —dije.

—Ya los causa ahora. —Se puso repentinamente seria—. Creo que tiene algo que ver con lo que te dije.

Fruncí el ceño.

—Caray con la niña.

—No estoy segura. No tengo pruebas, pero a veces viene a clase como si no hubiera dormido en toda la noche, a punto de saltar, como una gata en celo. No sé mucho sobre drogas, pero...

—¿Ha empeorado sus notas?

—Para nada, incluso ha mejorado.

Asentí.

—Sí, podría ser, los síntomas son los típicos. De acuerdo, me ocuparé de ello —dije, sirviéndome otro trago—. Tengo amigos en la policía. Puedo hacer algunas preguntas a ver qué saben. Seré discreto.

—Gracias, Roy.

—No tiene importancia.

Terminé el segundo vaso de martini. La habitación se tambaleó ligeramente a mi alrededor. Hora de dejar el alcohol, muchacho.

—Bueno, es mejor que me vaya a casa —dije.

No es que hubiera esperado que Eva me suplicase que me quedara, pero habría sido un buen detalle por su parte.



## 2

# Sospechas

A la mañana siguiente, mientras yo luchaba por salir de la resaca, apareció por mi despacho un cliente. Su esposa se había fugado de casa y quería que la encontrara. No me extrañó mucho la huida de la mujer: era un hombrecito mezquino que regateó cada óscopo de mis honorarios y al que estuve a punto de dar la patada. Pero el dinero es el dinero y no crece en los árboles, así que acepté el caso.

No me fue muy difícil dar con ella, y no habría tardado más de un par de horas de no haber estado en un lugar tan evidente que, al principio, ni se me había ocurrido mirar allí. Se había ido a casa de su madre, en un barrio periférico de Neoyorquia. Al día siguiente llamé a su marido y le dije lo que había descubierto. Gruñó algo sobre que no habría necesitado un detective para aquello y, tras pagarme, se fue. Me hubiera gustado asistir a la reconciliación del matrimonio: sin duda habría resultado interesante.

Luego, por la tarde, llamé a la oficina del Fiscal y durante diez minutos interminables me estuvieron pasando de una línea a otra. Comenzaba a sentirme como una pelota de tenis cuando conseguí ponerme al habla con Larry Olsen. Habíamos trabajado juntos en un par de casos por la época en que yo era policía y era todavía uno de los pocos miembros del Cuerpo a los que podía llamar amigo.

—¿En qué lío te has metido? —me preguntó en cuanto vio mi cara en el monitor de su vifono.

—De momento en ninguno. Pero no tardaré, supongo. Necesito cierta información.

—Confidencial, imagino.

—¿La hay de otra clase?

Se permitió sonreír brevemente y se ajustó el nudo de la corbata.

—Dime.

—¿Qué sabe tu Departamento sobre la venta de drogas en institutos?

Me miró desconfiado.

—¿Alguno en particular?

Dudé unos instantes.

—¿Qué tal el Álbrez?

Su rostro se ensombreció más aun.

—¿Qué sabes de todo esto, Roy?

—Nada —juré en mi tono de voz más inocente—. Una amiga mía es profesora allí y tenía algunas sospechas. Eso es todo.

—Será mejor que vengas. Dentro de media hora en la morgue municipal.

No esperó mi respuesta y colgó el aparato. Yo me quedé allí sentado, contemplando cómo la estática bailaba en el monitor, tratando de averiguar a qué venía todo aquello. Resulta obvio que no lo conseguí, así que me puse el abrigo y salí de mi despacho.

Por suerte, a aquella hora de la tarde el tráfico no era muy denso. Claro que tampoco era escaso, el tráfico nunca es escaso en Neoyorquia, así que conseguí llegar al depósito de cadáveres con sólo diez minutos de retraso. En la puerta, un poli alzó la vista al verme entrar. Le di mi nombre y le dije que Olsen me esperaba. Me indicó el ascensor con un gruñido y poco después me encontraba con Larry y con otro individuo vestido con una bata que quizá algún día había sido blanca y que era, sin duda, el forense. Era joven, no había llegado todavía a los treinta: seguramente acababa de salir de la universidad y se encontraba en su salsa, en medio de tanto cadáver y vísceras conservadas en formol. Me saludó con un gesto de la cabeza y los tres entramos en la morgue.

El forense abrió una de las cámaras frigoríficas y me mostró el cuerpo, azulado por el frío, de una chica de diecisiete o dieciocho años. Sus ojos estaban abiertos todavía, pero no había nada en ellos.

—Ingrid Abisinia —recitó Larry con voz monótona—, alumna del Álbrez. Diecisiete años. Buena estudiante y buena chica según sus padres, nunca salía hasta tarde, hacía sus deberes, ayudaba en la casa. Una muchachita modelo. Sobredosis.

—¿Ultimat? —pregunté, más por decir algo que por otra cosa.

—Vas a alucinar. Cocaína. En la vena.

—Bromeas.

—No, Roy. Alguien está reintroduciendo la coca, y ha empezado por los institutos. Según el doctor llevaba por lo menos tres meses esnifándola. Ayer se chutó por primera y última vez.

Aquello no tenía sentido. Las drogas de origen natural como la cocaína y la heroína apenas tenían consumo en el mundo civilizado fuera de los pocos fármacos que las contenían. Cualquier traficante imbécil sabe que le resulta mucho más barato y rentable sintetizar

ultimat que tener que cultivar la planta, pagar braceros, refinarla, cortarla... Las drogas sintéticas eran mil veces más baratas: cualquiera que tuviera unos mínimos conocimientos químicos y los aparatos adecuados podía fabricarlas. ¿Quién podía, en esta época, ser tan estúpido para intentar competir con ellas utilizando cocaína? Ridículo.

—Sí —dijo Larry, como si me hubiera leído el pensamiento—. Pero ahí está.

—¿Sospechas?

—Algunas. O ha venido de Europa o del interior del continente. Yo diría que lo primero.

—Pero las tribus de aquí todavía la usan.

—Sí, pero no a los niveles suficientes para refinarla y exportarla en bruto. Ni siquiera la cultivan, se limitan a recolectarla en estado silvestre. Mastican la hoja en sus rituales y la usan para hacer trabajos pesados, pero nada más. Además, les tenemos bastante controlados. Si hubiera habido una filtración nos habríamos enterado. En cambio, en Europa...

Sí, claro. En el este de Europa aun quedaban abundantes zonas a medio civilizar, donde comerciantes hispanos de pocos escrúpulos podían hacer su agosto. No sería raro que uno de ellos hubiera entrado en tratos con alguna tribu para que cultivase la planta: la compraría a un precio ridículo, se la llevaría a Hispania y él mismo se encargaría del proceso de refinamiento. Luego, la embarcaría rumbo a Ameranglia y... pero seguía siendo una estupidez. La coca no tenía nada que hacer frente a la droga sintética. Como si un hombre con una pala quisiera competir con una roboexcavadora. Qué demonios, hasta Paul Bunyan había sido vencido por el progreso, ¿no?

—Teníamos algún soplo sobre el asunto, y ésta es la primera víctima que ha llegado a nuestras manos. Pero si se acaba imponiendo es cuestión de tiempo el que haya una epidemia de muertes por sobredosis. Los colgados de aquí están acostumbrados a la ultimat, lenta y segura. La coca los va a reventar.

—Ya. Bueno, gracias por todo, Larry.

Di media vuelta para irme.

—No, espera, Roy. Me has hablado de una amiga tuya.

Lo miré.

—Ni hablar, Larry. Te he dicho lo que necesitas saber: sospecha que alguien está vendiendo drogas en el Álbrez, pero no

sabe quién. —Aquello no era del todo cierto, pero qué diablos—. No te voy a dar su nombre para que la acoses, ¿de acuerdo?

Su rostro se ablandó un poco.

—De acuerdo, Roy. Pero si averiguas algo, ya sabes dónde estoy.

—Lo sé, Larry. Buenas tardes.

Salí de la morgue y subí a mi coche. Le eché un vistazo a mi reloj. Las cinco y media. Si no recordaba mal, los institutos soltaban a su jauría a las seis, así que si me daba prisa todavía podía llegar al Álbrez y hablar con Eva.

Lo conseguí por los pelos. Una multitud vociferante se abalanzaba a través de las puertas del instituto y saltaba sobre bicicletas, motos y coches. Eva, acosada por un individuo de unos cincuenta años, fofo y calvo, al que no parecía saber cómo quitarse de encima, se dirigía hacia la parada del suburbús. Logré pasar el semáforo antes de que se pusiera rojo y, colocándome a su altura, grité:

—¿La llevo, señorita?

Ella me vio y pareció enormemente aliviada, no sé si porque se trataba de mí o por la perspectiva de librarse de su galanteador. Me sonrió, se volvió apenas hacia él y le dijo:

—Nos vemos mañana, Orson.

Él gruñó algo, agitó la mano y siguió su camino. Eva subió al coche. Me besó en la mejilla: no me lo esperaba y me gustó.

—Gracias —dijo.

—De nada. Me encanta salvar damiselas en apuros.

—Orson es inofensivo.

—Seguro que sí. Pero plasta.

—Un poco.

Llegamos por fin a Broduey y enfilé el coche hacia Riversaid, donde Eva vivía. Apenas avanzábamos: la mayor parte de Neoyorquia debía estar yendo a sus casas a aquellas horas.

—He estado en la morgue —dije mientras encendía un cigarrillo.

—Ya —respondió ella, ceñuda.

—¿Era alumna tuya?

—No, aunque la conocía de vista.

—¿Tenía tratos con Clara?

Se volvió a mí de repente, medio enfadada, medio divertida.

—¿Estás investigando el caso?

—Tú me has metido en esto, ¿recuerdas? ¿Quieres que lo deje?

Me arrebató el cigarrillo de entre los labios y le echó una larga chupada. Soltó el humo lentamente, como si le costara trabajo.

—No. Quiero que sigas.

—Muy bien.

Abrí la guantera y saqué de ella el miniord. Tecleé la clave para un contrato estándar y le mostré el monitor a Eva.

—Pon tu pulgar en el escáner.

—¿Qué es esto?

—Acabas de contratarme. Cobro cien al día más los gastos. En realidad no te voy a cobrar nada, pero quiero que esto sea legal. Si me meto en líos con la policía quiero poder mostrarles un contrato. ¿De acuerdo?

Un contrato no me serviría de mucho, pero al menos evitaría que la policía me arrestara por meter las narices en sus asuntos y me permitiría tener acceso a las investigaciones oficiales. Una de las pocas prerrogativas que el Sindicato de Ipés había logrado arrancarle al Estado.

—De acuerdo —dijo ella, poniendo su pulgar derecho sobre la célula del escáner.

—Muy bien. Ahora eres mi cliente y estás protegida ante la ley. Todo lo que me digas será considerado confidencial, y sólo un juez puede obligarme a contarlo. No es que lo crea necesario, pero vale más asegurarse.

En aquel momento, apareció la desviación que llevaba a Riversaid y tuve que hacer gala de toda mi habilidad para cogerla, así que no me quedó mucho tiempo para conversar. Eva contemplaba intrigada el miniord. Iba a devolverlo a la guantera cuando le hice un gesto. Ella dejó el aparatito sobre su regazo.

Al fin llegamos a Riversaid y detuve el coche. Tras los apartamentos donde vivía Eva se desparramaba el Jadson, sucio como lo había estado desde la primera vez que los blancos llegaron a sus orillas. Más allá, las ruinas de Manjatan se asomaban ominosas. Recordé apenas la única ocasión en la que había estado en aquel caldero de escombros y tribus medio caníbales, cuatro años atrás. El recuerdo pasó y me volví a Eva. Cogí el miniord de su regazo y lo conecté al vifono. Una rápida llamada a mi despacho y el contrato quedó registrado en el ordenador de mi oficina. Le tendí el miniord y ella lo guardó en la guantera.

—Bien. Que pases buena noche —dije, abriéndole la puerta del coche.

Me miró unos segundos, indecisa.

—¿No quieres subir?

Claro que quería. Llevaba dieciocho años de mi vida queriendo, pero aquel momento no era el adecuado. Negué con la cabeza.

—Tengo trabajo, ¿recuerdas?

Ella asintió, se bajó del coche y echó a andar hacia su casa. Yo arranqué de nuevo y regresé a la vorágine de vehículos que me esperaban camino de la ciudad. El hombre tiene una habilidad innata para la estupidez, pensaba mientras conducía.

### 3

## Cadáver

Conocía a varios confidentes y a algunos camellos, pero no conseguí sacarle la menor información a ninguno. Nadie sabía que se estuviera vendiendo coca. Algunos se me rieron a la cara cuando se lo dije. Era ridículo, de qué iba, mejor no me quedaba con ellos, vale, pollo, lárgate a dormirla, no me vengas con vainas de ésas. Por supuesto, alguno de ellos tenía que saber algo. Incluso aunque se tratase de un traficante recién llegado y no utilizara los canales de distribución habituales, la gente de la calle se acaba enterando de todo tarde o temprano. Alguno de los tipos con los que hablaba y que se me reían en la cara cuando afirmaba que alguien traficaba con coca tenía que saber quién era ese alguien. Conseguir que me lo dijeran era un asunto distinto.

Al final tuve suerte, o algo parecido. Mientras interrogaba sin mucho éxito a un camello, una mujer que estaba parada cerca de nosotros nos miró con curiosidad. Le hice un par de preguntas más al camello, básicamente por seguir el juego y que no se mosqueara por soltarlo demasiado pronto, y luego lo dejé ir. Cuando vi que se había perdido tras la esquina me volví a la mujer. Tendría unos treinta y cinco, pero aparentaba ciento ochenta: sin la menor duda era una puta de baja estofa y, a juzgar por su aspecto, debía de estar sin clientes desde la época del Interregno. Cuando me acerqué a ella, me sonrió y me mostró unas encías descarnadas, negruzcas, mientras me miraba con unos ojos a los que el mono del ultimátum empezaba a desorbitar. Me llevé la mano a la cartera y saqué mi tarjeta. La sostuve entre mis dedos, mostrándosela con una sonrisa.

—Cincuenta —dijo ella.

—Un poco excesivo por algo que no me va a servir de nada.

—Arriésgate o lárgate, guapo.

Me arriesgué. Ella sacó su lector. Introduce la tarjeta y tecleé una orden de pago de cincuenta óscopos. Ella sonrió apenas y volvió a guardar el lector en un pliegue de su ropa escasa y chillona.

—Vale. Dime.

—No he oído nada de la coca. Pero hay un tío que frecuenta a una pollita de un instituto y dice que es su camella. También dice

que tiene algo grande entre las manos, pero no sé si habla de la droga o de su aparato. —Estalló en una carcajada estruendosa que degeneró en una tos incontenible. Cuando logró calmarse volvió a mostrarme sus encías desbaratadas tras su sonrisa llena de arrugas—. Se llama Luis Sáifer.

—¿Eso es todo?

Se encogió de hombros. Di media vuelta y me fui de allí. No era mucho y posiblemente no me condujera a nada, pero era cuanto tenía. Nunca había oído hablar del tal Sáifer, pero quizá estuviera fichado con un poco de suerte. Había llegado el momento de llamar a Larry otra vez.

Pero en cuanto hube subido al coche, el vifono empezó a cloquear desesperado. Descolgué el aparato y el rostro de Eva se materializó ante mí.

—Roy. Ven al 115 de Colón lo más rápido que puedas, por favor. Cuarto piso, letra E.

No me dio tiempo a preguntar nada. Antes de que yo hubiera abierto la boca, Eva había colgado. No me gustaba nada su cara: nerviosa, asustada, al borde del llanto. No me esperaba nada bueno en el 115 de Colón.

Llegué allí media hora más tarde y me di de narices con un cordón policial. Un agente de uniforme me detuvo cuando intenté abrirme paso.

—Soy detective privado —dije—. Tengo un cliente en este edificio.

—Piso.

—Cuarto E.

Negó con la cabeza, algo que ya esperaba.

—¿Está Larry Olsen arriba? —pregunté.

—¿Le conoce?

Se me ocurría una respuesta bastante ingeniosa, pero preferí guardármela para mí mismo.

—Sí. ¿Puede llamarlo y decirle que Córdal está aquí?

Dudó unos instantes, cogió su intercomunicador y, tras intercambiar unas palabras por él me dijo:

—Suba.

Así lo hice. Había más polis dentro, pero ninguno me detuvo ni me preguntó nada. Subí al ascensor y, poco después salía de él. La puerta del Cuarto E estaba abierta y distinguí perfectamente la voz de Larry tras ella.

Entré en el piso. Larry, con el nudo de la corbata deshecho y el rostro pálido, hablaba con un policía de uniforme. Al verme llegar alzó la cabeza y me saludó.

—¿Telepatía? —preguntó.

Le expliqué que me había llamado mi cliente.

—¿Evelyn Roeder, quizá?—Muy listo, Larry. ¿Qué ha pasado?

—Hemos recibido una llamada de una de las dos inquilinas del piso... Claudia Lorre. La otra inquilina estaba muerta.

—¿Clara algo? —aventuré.

Era un disparo en la oscuridad, pero acerté. Ahora fue el turno de Larry de decir:

—Muy listo, Roy. Sí, es ella. Tu amiga la profesora y la otra llegaron al apartamento, con otros tres chicos. La encontraron ahí. —Señaló un bulto cubierto por una sábana—. No debió ser agradable, me imagino.

—¿Puedo verla?

—Tú mismo.

Alcé la sábana. *No debió ser agradable*: Larry tenía un don para los eufemismos. Alguien había cortado el cuerpo de Clara una y otra vez, con verdadera saña, regodeándose en ello, trazando un mapa de carreteras sobre su cuerpo. El rostro, sin embargo, estaba intacto, clavado en una última mueca de dolor. Volví a tapar aquel caos ensangrentado que había sido un cuerpo humano y los dos nos incorporamos.

—Un bonito trabajo. La chica guardaba dos mil dosis de ultimat en la cisterna del inodoro.

—¿Coca?

—Ni rastro. Si traficaba con ella no la guardaba aquí.

Más y más curioso, como habría dicho la pequeña Alicia. En aquel momento llegó el forense. Alzó la sábana y su rostro se iluminó repentinamente: los ojos le brillaban, entusiasmados.

—Vaya trabajo.

Luego, abrió su maletín y empezó a hacer pruebas en el cuerpo. Larry y yo nos mirábamos el uno al otro, procurando apartar la vista del forense. De pronto, al otro lado de la habitación, tras una puerta medio entornada, oí voces.

—¿Está mi amiga aquí?

Larry asintió.

—Ella y los demás que encontraron el cuerpo. Supongo que te llamaron antes de que llegásemos nosotros.

Menuda deducción. En fin.

—¿Puedo verlos?

—Claro, Roy. Pasa.

Sorteé como pude el espectáculo sanguinolento que se estaba representando en el suelo con el forense como estrella principal y pasé a la otra habitación. Eva, Claudia, Julio, Carlos y Sydney se sentaban en dos camas y discutían sobre algo en voz no muy baja. Eva alzó la vista y me vio.

—¡Roy!

Se incorporó en la cama y se dirigió hacia mí. Antes de que pudiera reaccionar me había abrazado. No es que no me gustase, pero no acababa de resultar muy cómodo con cuatro adolescentes en la habitación mirándome y el cadáver de la quinta desparramado sobre la alfombra del salón.

—Tranquila —dije.

Me soltó y sonrió.

—¿Qué sabe la policía? —preguntó de repente Sydney.

Solté el aire con fuerza. ¿Qué podía decirles y qué no? Qué demonios, se iban a enterar tarde o temprano.

—Clara tomaba ultimat. Quizá traficase con ella. Posiblemente su muerte esté relacionada con la droga.

No hubo mucha sorpresa en ninguno de los cinco rostros que me miraban.

—¿Sabías tú algo? —le pregunté a Claudia.

—No. Yo... Bueno. Clara vivía su vida y nunca se metía en la mía.

—Ya, y tú no te metías en la suya. Bueno. ¿Ya os ha interrogado la policía?

Los cinco asintieron. Alguien golpeaba suavemente la puerta. Era Larry.

—Ya hemos retirado el cuerpo —dijo—. Los testigos pueden irse a su casa. —Se volvió a Claudia—. ¿Tiene donde pasar la noche, señorita? Seguramente necesitaremos seguir en el piso hasta tarde.

—No hay problema —dijo Eva—. Puede quedarse en mi casa.

—Bien. Ya tengo su dirección, señorita Roeder. Me pondré en contacto con todos ustedes mañana o pasado mañana. Buenas tardes.

Se levantaron para irse. Eva me miró indecisa unos segundos.

—Pasaré luego por tu casa y te informaré —dije.

—Muy bien, Roy.

Me besó en la mejilla y se fue. Decididamente, aquello empezaba a convertirse en una costumbre.

Algo más tarde, solos Larry y yo en el apartamento, nos fumábamos plácidamente unos cigarrillos. El forense y el equipo de estupefacientes ya se habían ido y comenzaba a anochecer.

—Bien, ¿qué me puedes decir?

—Poca cosa. El forense... No te he dicho su nombre, ¿verdad?, te va a encantar: Federico Kruger.

Al principio no supe de qué hablaba Larry. Luego, caí de la higuera.

—¿Fredy... Kruger?

—Eso es. Sabía que a un chiflado del cine preinterregno como tú le encantaría la cosa.

—Bueno. Ha elegido la profesión adecuada, con ese nombre.

—Sí. Mejor que destripe cuerpos muertos a que lo haga con los que están vivos. Bueno, pues ha dicho que la sangre de la chica estaba saturada de ultimat, pero en sus vías respiratorias ha encontrado también rastros de coca. Toda una chica modelo. —Arqueó una ceja—. Los de estupefacientes, sin embargo, no han encontrado nada, fuera de las dos mil dosis de ultimat. La coca no la guardaba aquí, eso es evidente. ¿Qué piensas de la otra chica?

—Creo que está limpia.

—Sí, yo también, aunque nunca se sabe. Bueno, un lío de mucho cuidado. ¿Tienes un contrato firmado con tu amiga la profe?

—Por favor... claro que sí. ¿Por quién me tomas?

—No responderé a eso. Pero si no lo tienes, a partir de mañana es mejor que te hagas con uno y te arregles para ponerle una fecha anterior a la de hoy. Si es que piensas seguir metiendo las narices en esto, claro.

—Ya te lo he dicho, Larry, tengo un contrato. Y sí, pienso seguir metiendo las narices en esto.

—Ya me lo temía. Adivina quién va a llevar la investigación.

—Brandt —dije, resignado.

—Tu antiguo jefe, exactamente.

—Bueno, podría ser peor. No se me ocurre cómo, pero seguro que podría serlo. Bien, Larry, si no tienes nada más que contarme, es mejor que me vaya. —Me levanté—. No, espera. ¿Te dice algo el nombre de Luis Sáifer?

Frunció el ceño.

—Aparte de que en anglo antiguo tiene unas connotaciones ligeramente demoniacas no. ¿Debería sonarme?

—No sé. Quizá no sea nada. Pero tengo un soplo. El tal Sáifer decía que salía con una chica de un instituto y que la usaba de camella. También decía que tenía entre manos algo grande.

—Bueno. Averiguaré si está fichado y ya te llamaré. Gracias por la información.

—De nada, ¿para qué están los amigos?

—Me gustaría saberlo. A veces no duermo pensando en ello.

Nos despedimos en la calle y yo fui a casa de Eva. Todos estaban allí todavía. Les conté lo poco que sabíamos. Eva me dijo que había informado al instituto del asunto de Clara y que ellos se habían encargado de avisar a sus padres. Me explicó que vivían fuera de Neoyorquia, en una granja, y le habían alquilado aquel apartamento durante el curso. Claudia era del mismo pueblo y las dos se conocían desde niñas. Aquel era un buen punto por donde empezar, pero era mejor esperar un par de días a que la chica se calmase. O mejor aún, dejar que fuera Eva quien se encargara de sonsacarle la información que necesitaba. Sin embargo, sin saber por qué, algo me dijo que no iba a obtener gran cosa. Antes de irme pregunté:

—¿Os dice algo el nombre de Luis Sáifer?

Claudia pareció inquieta.

—Había... Clara tenía... dijo que su novio se llamaba Luis.

—¿No sabes dónde vivía?

—No, lo siento.

—No te preocupes. Me has ayudado mucho. Bueno, tengo que irme.

## 4

# Funeral

Al día siguiente por la mañana, Eva me llamó. Me dijo que el funeral de Clara sería aquella tarde y que quería verme después: Claudia le había dicho algunas cosas que podían serme útiles.

Hay algo tremendamente obscuro en los cementerios. Algo que me incomoda y me produce escalofríos en esas lápidas impertérritas que a veces mienten y a veces dicen la verdad, en esas calles tan rectas y perpendiculares, en su planificación y podredumbre, en sus gusanos y sus rosas. Siempre hace frío en los cementerios, no importa la estación del año: las tumbas siempre son frías, distantes, como si no guardaran ya la menor relación con el mundo real.

No había asistido a un funeral desde el de Matt, un año antes, y la sensación no fue menos desagradable porque a Clara la conociera menos. El soyatu desgranaba lentamente su elogio de difuntos, mecánico, servicial, reconfortante, impasible, mientras una mujer lloraba descontroladamente agarrada a una niña de doce años. A su lado, un hombretón de espaldas casi inabarcables bajaba la vista y balbucía algo que nadie podía oír. Algo más allá estaban Eva, Carlos, Sydney, los profesores, Claudia y Julio y una pareja de policías de paisano que intentaban inútilmente pasar desapercibidos y trataban con poco éxito de que su rostro se adaptase a las circunstancias. Yo estaba más atrás, apartado del resto. Odio las multitudes que se agolpan frente a una tumba recién abierta, el llanto, los lamentos, las condolencias, las oraciones, los elogios. Todo es inútil: frente a ti hay una persona muerta, tan muerta como lo puede estar cualquiera y que jamás volverá a alzar una mano, sus ojos nunca tendrán la menor expresión, su cuerpo servirá de alimento a dinastías enteras de gusanos. Se ha ido y no volverá.

El resto carece de importancia.

Al fin, el soyatu terminó su panegírico y agitó el hisopo por encima del ataúd. El empleado del cementerio conectó la robogrúa y el ataúd fue introducido en la fosa. El enterrador le ofreció una pala minúscula al hombre de espaldas inmensas y boca balbuciente. No llegué a ver si el hombre aceptaba su ofrecimiento. Capté algo por el

raballo del ojo y me volví a tiempo de ver, a lo lejos, medio oculta tras un grupo de cipreses, una figura vestida de negro. Pareció reparar en mi mirada, dio media vuelta y se fue de allí, casi corriendo. No pude ver mucho: cuero, pelo negro y rizado, un bigotillo desafiante, unos andares característicos. Bien. Para cuando volví a mirar frente a mí, la robogrúa echaba paletadas de tierra con una eficiencia monótona y perfectamente medida. Los asistentes se acercaban a la familia y le daban el pésame. Por supuesto, podía ir yo también: los acompaño en el sentimiento, apenas conocía a Clara, solo sé de ella que casi me viola en una cocina y que posiblemente traficase con drogas en el instituto; por lo demás estoy seguro de que era una chica estupenda, una hija modelo y una hermana ejemplar. Cómo no. Vamos, hombre, acércate a ellos, seguro que te lo agradecen.

Me quedé allí, inmóvil, mientras las formalidades terminaban y la familia se disponía a irse del cementerio. Entonces el hombre inmenso que debía ser el padre de Clara me vio. Dudó unos instantes e intercambió unas palabras con Eva. Se acercó a mí: su rostro era el de un cadáver ambulante y sus ojos estaban tan enrojecidos que parecía que fueran a estallarle en cualquier momento.

—¿Señor Córdal? —dijo, con una voz mínima, apenas una parodia del vozarrón que debió haber tenido.

—Sí. Yo...

—Ahórrese el pésame. La señorita Roeder me ha dicho que es usted detective privado.

—Así es —dije yo, mientras me preparaba mentalmente para que me ordenase que dejara de investigar aquello, que dejara descansar tranquila a su hija.

Me quedé de piedra cuando oí:

—Quiero que descubra quien lo hizo. Y me lo dirá solo a mí. Apenas pude reaccionar lo suficiente para decir:

—Ya estoy trabajando en otro caso. Y mi deber es comunicar a la policía todo aquello que averigüe sobre un delito.

Me miró sin decir nada. Cerró los puños y crispó aquellos hombros que parecían a punto de desmoronarse.

—Basura —silabeó en voz baja mientras daba media vuelta y se iba de allí.

Eva vio lo que había ocurrido y se acercó a mí.

—Lo siento, Roy. Te vio aquí y me preguntó quién eras.

Y claro, no podías mentirle. Pero no, aquello no era justo para con Eva.

—No importa —dije—. ¿Qué querías decirme?

—Vamos a mi casa.

Así que subimos a mi coche y quince minutos después bajábamos frente a su bloque de apartamentos. Claudia había vuelto al suyo: sus padres habían venido del pueblo para el funeral de Clara y se quedarían con ella unos días. En cualquier otro momento, eso me habría puesto loco de alegría, pero mi visita al cementerio me había dejado de un humor sombrío y apenas hablé durante todo el trayecto. Ya en su casa, Eva me preguntó si quería tomar algo y después de prepararme un martini con vodka desapareció en dirección a su cuarto. Volví poco después, con algo en la mano que reconocí enseguida como una fotografía: Clara se agarraba del cuello de un individuo como si la vida le fuera en ello; él, muy ufano, sonreía con lo que debía creer distinción, pero que resultaba tan vulgar como el enorme cuello de su camisa, chillonamente rosa, desparramándose sobre las solapas de su americana a cuadros. No estaba vestido de cuero negro, pero no me resultó muy difícil reconocerlo como la figura que había visto en el cementerio.

—¿Luis? —pregunté.

—Eso dice Claudia. Sólo le vio una vez, pero cree que es él. Estaba en el álbum de fotos de Clara.

Me bebí lo que quedaba de mi copa de un trago.

—Bien. Al menos es algo por donde empezar. ¿Qué me puedes decir de Clara?

—Poca cosa. Mis sospechas no eran más que eso. En el instituto se comportaba de forma más o menos normal. Atormentaba a Carlos y Sydney, eso ya te lo he dicho, pero no es nada raro en una chica de dieciséis años.

—No, no lo es, por lo que recuerdo —dije yo, sonriendo apenas.

Eva me miró desconfiada, pareció a punto de preguntarme algo, pero en el último momento cambió de idea.

—Por lo demás, ya te lo he dicho, normal. Sus notas no eran ni muy altas ni muy bajas. Iba pasando todos los cursos sin problemas. No se esforzaba mucho, no parecía que le costase trabajo aprobar.

—¿Dirías que era inteligente?

—Sí, sin duda. Buena memoria, una lengua rápida y larga. Sabía ser muy punzante cuando quería. Sí, era inteligente. Lo parecía por lo menos.

—Ya. ¿Nada más?

—Claudia me ha dicho alguna cosa. Vivían juntas desde hace unos dos años. Sus padres son del mismo pueblo, aunque no tenían mucho trato, y les alquilaron el piso entre los dos. No es que Clara hiciera nada malo, nada que Claudia viese, quiero decir. Nunca le ofreció droga. —La miré, desconfiado—. Bueno, eso es lo que me ha dicho. Pero a veces, sobre todo últimamente, se pasaba la mayor parte de las noches fuera de casa. Venía al amanecer. Desayunaba y se iban juntas a clase. Y su novio... —Me señaló la foto.

—Sí, ya lo he visto. Don aristócrata.

—Bueno. Tenía modales de... proxeneta. —No pude evitar una sonrisa ante el término. Eva pareció incómoda—. Lo siento, cuando estás entre críos todo el día aprendes a moderar tu lengua. Tenía modales de chulo, de chulo barato, además.

—¿Lo conocías?

—No. Me lo ha dicho Claudia. Le vio una vez. Traía a Clara a casa. Apenas intercambiaron media docena de palabras, pero debió ser... Ya te lo imaginas. Eso es todo lo que puedo decirte.

—No es mucho, pero creo que será suficiente para empezar. Me levanté.

—¿Te vas?

En realidad no quería hacerlo, pero mi estado de ánimo se iba volviendo negro por momentos y no era la compañía más adecuada para nadie.

—Es lo mejor.

—Te invito a cenar.

Negué con la cabeza. Eva se mordió el labio inferior y pateó ligeramente el suelo.

—Maldita sea, Roy. Llevas dándome esquinazo desde que te invité a la función. ¿Tan mal me han tratado los años?

No pude evitar una sonrisa.

—Para nada —dije—. Estás mucho mejor que cuando teníamos dieciocho y yo babeaba ante cada gesto tuyo.

—¿Ah, babeabas? —parecía complacida.

—No me digas que nunca te diste cuenta. ¿Para qué crees que era el tío aquel que iba siempre detrás mío con una bayeta? Eso casi arruinó a mis pobres padres.

—Cuanto lo siento —dijo, con una voz que demostraba que no lo sentía en absoluto.

—Bueno, no fue tan grave. Y mantenía mis dientes en buen estado.

—Qué asco.

—Te acababas acostumbrando.

—¿Y qué pasó?

—¿Qué pasó con qué?

—¿Ya no babeas?

—Hace tiempo que no. Pero puedo intentarlo. Ya sabes, es como montar en bicicleta. Una vez que aprendes cómo, ya no se olvida.

Sí, no es lo más ingenioso que he dicho en mi vida y, seamos, sinceros hay quien dice que lo más ingenioso que he dicho en mi vida tampoco es demasiado ingenioso. Pero a Eva le gustaba. Eso, o su imitación era lo bastante buena para no distinguirla de la realidad. En fin, ahora podría incluir una línea de puntos suspensivos o afirmar que cuanto pasó después no era de la incumbencia de nadie más que de nosotros dos. Pero tampoco quiero mentir: dos horas más tarde volvía a mi casa y, aparte de un par de rastros de carmín en el cuello de mi camisa, no había pasado nada que fuera digno de mención.

Durante aquella noche no volví a pensar en Clara ni en los cementerios. Lo que es más importante, por primera vez en más de un año la muerte de Matt dejó de atormentarme. Así que supongo que sí pasó algo digno de mención, después de todo.



## 5 Transformista

Armado con la foto de Clara y su encantador novio empecé a recorrer la mayoría de los tugurios de mala fama de la ciudad. Es el mejor sitio para buscar a alguien, los camareros siempre conocen a todo el mundo. No tuve mucha suerte al principio. A ella ni la conocían. Un par de camareros reconocieron a Luis, pero no tenían ni idea de por dónde paraba. Al final, mis pasos me llevaron frente a un local con aspecto de haber dejado atrás sus mejores años allá por el siglo XX. Un cartel lleno de mugre y grafitis no demasiado ingeniosos informaba a los habituales del *Pleshur Dom* de sus dos principales atracciones: el gran transformista Lámeli Branquia y nada más y nada menos que A. Frodita, número erótico musical. Las fotografías estaban tan rajadas y emborronadas que apenas pude distinguir nada.

Las puertas estaban cerradas, pero no con llave, así que pude entrar sin mayores problemas. Dentro, se abría una sala amplia rematada en un escenario de proporciones minúsculas en uno de cuyos rincones vegetaba un sintetizador. Las luces estaban encendidas, así que la decrepitud del sitio te asaltaba casi con saña: el tapizado medio arrancado en la mayoría de las sillas, los manteles de plástico de las mesas llenos de quemaduras de cigarrillos, el suelo sucio, a parches, el olor a esperma y meadas que se mezclaba con la lejía y el ambientador, la decoración insoportablemente hortera de las lamparitas que había en cada mesa, los tablonces del escenario abombados, el telón tan lleno de telarañas que parecía una colonia de vacaciones para bichos. Al menos, con el local lleno y la mayor parte de las luces apagadas el sitio resultaría cómo mínimo soportable, sobre todo teniendo en cuenta el estado de intoxicación (etílica o de cualquier otra clase) de la mayoría de los clientes. Luego me imaginé al olor del licor barato y el sudor mezclado con el ambientador, la lejía, la orina y el semen y no supe qué sería peor.

Tras la barra había un camarero, con su habitual camisa blanca (o un color cercano) y pajarita negra, terriblemente ocupado en algo muy parecido a limpiar vasos. Digo muy parecido porque, una vez terminada la operación no había ninguna diferencia entre los vasos sucios y los supuestamente limpios. El tipo los alzaba, los

contemplaba al trasluz con ojo experto y, tras un murmullo de aprobación y un gesto de asentimiento con la cabeza, volvía a colocarlos en su sitio, boca abajo, mientras el agua jabonosa se escurría por su superficie grasienta y brillante. Al verme entrar alzó la vista, dejó lo que traía entre manos y me espetó:

—Está cerrado. Joder, los hay calientes —añadió luego en lo que debió creer que era un murmullo pero que no tuvo el menor problema para oír.

—Ya. Busco alguna información.

Enarcó una ceja.

—¿Poli?

—No. Ipé.

Sin decir nada volvió a coger el vaso y siguió lavándolo. Me acerqué a la barra y me senté en uno de los taburetes, a su lado. Saqué la foto de Luis y Clara.

—¿Te suenan estas caras?

Los miró unos instantes. Pareció a punto de decir que sí, se lo pensó mejor en el último momento y dijo:

—Mejor habla con el jefe.

—¿Quién es?

—El gran transformista Lámeli Branquia, quién si no.

—¿Puede llamarlo?

—¿Qué cree que es esto, la Corporación Álbrez? Estará en su camerino, por allí. —Me señaló un pasillo mal iluminado—. La tercera puerta a la derecha.

—Gracias —dije yo. Me levanté del taburete y me volví a él—. Se ha dejado un poco de carmín en una esquina —añadí después, señalando su último vaso.

—Y a mí qué, no te jode —murmuró en el mismo tono de voz estruendoso que antes, mientras yo entraba en el pasillo y estaba a punto de perderme por él.

Al parecer, al tipo que había diseñado el local no se le había ocurrido que sería buena cosa poner un par de bombillas en aquel pasillo; o quizá se les había acabado el presupuesto al llegar allí. Aunque tenía la sensación, más bien inquietante, de que el presupuesto ya se les había acabado antes de trazar los planos del edificio. Por fin, pude ver que una fina tirilla de luz se colaba más allá de una puerta entornada. Para lo que veía, lo mismo podía haber sido la tercera que la vigésimo cuarta, aunque desde luego estaba a mi derecha. Llamé con los nudillos. Una voz profunda y resonante me respondió:

—¿Sí?

—¿Señor Branquia? Me dijeron que usted me podría informar.

—Seguro que le dijeron mal. Pase.

Abrí la puerta del todo y entré en el camerino. Parecía lo más limpio del local: pulcro, ordenado, nada chillón, con un ligerísimo olor a lavanda en el ambiente. Me gustó. Branquia estaba sentado frente al espejo, maquillándose para su número. Acababa de trazar la raya bajo su párpado derecho y me miró inexpresivo.

—Me llamo Roy Córdal. Soy detective privado. —Saqué la foto y se la mostré a través del espejo—. ¿Conoce a alguna de estas personas?

—¿Está de guasa? —Dejó de maquillarse de repente y se volvió a mí—. ¿Sabe por dónde anda? Porque como la encuentre me va a oír, lleva dos noches sin aparecer.

—¿De quién me habla?

—De Clara, hombre. A Punto Frodita, ya sabe, número erótico musical.

Intenté poner cara de póquer, pero no debí tener mucho éxito. Branquia sonreía, socarrón.

—Ya veo, ni puñetera idea. ¿No ha visto las fotos de fuera...? Ah, sí, cualquiera ve una mierda en esas fotos.

—Entonces Clara trabajaba aquí.

—Ya se lo he... ¿Cómo trabajaba?

—Está muerta.

Ahora era la oportunidad perfecta para que Branquia intentara poner cara de póquer y yo sonriera socarrón. Ninguno de los dos la aprovechamos. Yo seguí serio y el gran transformista se abalanzó sobre una botella de tequila que había junto al espejo, buscó sin éxito un vaso y acabó echando un largo trago directamente de la botella.

—Vamos chungos, entonces. A ver a quién busco ahora. — Me miró a través del espejo, repentinamente sonriente—. Pero creí que venía a pedirme información, no a dárme-la.

—¿Qué me puede decir del hombre?

—¿Luis? ¿Qué pasa, sospechan de él? Ná, no los tiene para cargarse a nadie. Mucho alardear del pistolón que lleva entre las piernas, pero es un cagao del copón. Qué va.

—¿Sabe dónde vive?

Un brillo de desconfianza asomó a sus ojos mientras seguía maquillándose.

—¿Y por qué iba a decírselo?

—Yo le he dicho algo que no sabía.

—¿Un toma y daca? —Pareció pensativo. Terminó de decidirse con un nuevo trago de tequila—. Bueno, qué más da. A un par de cuadras al sur. En Solitario Draiv, ¿sabe dónde cae? —Asentí—. El portal cuarenta y cinco. Ni idea del piso, pero con eso ya le será fácil dar con él. Si lo encuentra en casa, que es otra.

—No para mucho.

—A ver. Si un camello no se está todo el día pateando la calle, de dónde va a sacar la guita si no.

Terminó de maquillarse. Se recogió el pelo, corto y castaño en una redcilla, y se embutió en la cabeza una larga peluca rubia. Se miró en el espejo y sonrió, coquetón. Su rostro parecía el de una mujer, y no era fea. Me pregunté cómo se las arreglaría con aquel vozarrón de cantante de ópera durante su número.

—¿Qué, cómo me ves, corazón? —me preguntó, con una voz tan femenina e insinuante que casi noté algo duro bajo el pantalón.

—Increíble —dije.

—A ver si no. Hay que comer —dijo con su voz normal. Sonaba irreal saliendo de aquellos labios.

—Bueno. No lo entretengo más. Le estoy muy agradecido. —De pronto, me detuve a mitad de camino de la puerta—. ¿Cómo era el número de Clara?

Pareció encontrar muy graciosa la pregunta.

—¿Cómo iba a ser, hombre? Ya sabe, se pajeaba, daba unas vueltas, algo de striptease, el numerito con el plátano, un poco de cuero y pinchos, de todo, aunque lo mismo básicamente. Ya sabe, poner cachondo al personal. Qué otra cosa. Y lo hacía bien. La muy golfa era capaz de empinársela a un batallón entero de maricones.

—Ya. Muchas gracias.

—De nada.

Salí de allí y casi respiré con alivio el aire apestoso de Neoyorquia. Subí al coche. Iba a arrancar cuando vi una furgoneta aparcada algo más allá de donde yo estaba. Tenía la impresión de haberla visto antes, aquel mismo día. Bueno, ya me preocuparía de ello. Arranqué y me fui de allí. Por el retrovisor pude ver cómo, poco después, la furgoneta, azul y blanca, ostentosamente inmaculada en medio de tanta suciedad, hacía lo mismo y me seguía.

Poco después, a un par de manzanas al sur, me metía por Solitario Draiv y encontraba milagrosamente un lugar libre en la

acera no muy lejos del número cuarenta y cinco. Aparqué y apagué el motor. Esperé un poco: mi anónimo perseguidor no se hizo esperar, la furgoneta pasó a mi lado y se detuvo a unos cien metros más allá, aparcando en doble fila. Esperé un rato, pero nadie salió de ella.

Al fin, abrí la puerta, bajé del coche y me dirigí al cuarenta y cinco. Al portal le faltaba la cerradura desde hacía tiempo. Entré y les eché un vistazo a los buzones. No me costó mucho dar con L. Sáifer en el Tercero Izda. Por supuesto, era mucho esperar que el edificio tuviera ascensor, así que empecé a subir por la cochambrosa escalera, que a cada paso crujía y se quejaba como una octogenaria a la que estuvieran sodomizando.

Oí pasos algo más arriba, y poco después me cruzaba con un par de individuos trajeados de gris que me miraron de pasada con cara de pocos amigos y siguieron su camino. Yo seguí el mío y al fin, apenas jadeante, llegué al tercer piso. Llamé al timbre, pero no respondió nadie. Iba a echar mano de mi tarjeta trampeada cuando vi que no era necesario. La puerta sólo estaba entornada. Aquello me gustó tan poco como encontrarme con Jack el Destripador en una cita a ciegas, pero las opciones que tenía estaban bien claras. Muy despacio, fui abriendo la puerta, mientras desenfundaba mi automática y oteaba cautelosamente a ambos lados. Nada.

Entré. Un pasillo estrechísimo y todavía más corto desembocaba en un salón ridículamente triangular, por cuya ventana entraba la luz como un bloque casi sólido. La habitación había sido desordenada a conciencia, todos los muebles estaban patas arriba. Tardé un poco en darme cuenta de que también Luis Sáifer estaba patas arriba, tras una butaca de un verde chillón volcada sobre el respaldo. Me acerqué: sí, era él, sin duda alguna, con un pulcrísimo puntito rojo en su frente y los ojos extraviados en la eternidad. Abría la boca en un gesto que no acababa de decidirse entre la sorpresa y la furia. Así se había quedado, a mitad de camino entre ambas para siempre.

Bien, bien.

Dejé el salón y entré en un dormitorio tan desordenado como la habitación que acababa de dejar. Un cuadro grotesco y pálido yacía en la cama y, sobre ésta, en el espacio que debió ocupar la pintura en la pared había un hueco poco mayor que mi mano. Quedaban ligeros rastros de polvo en él. Ese sexto sentido que me ha hecho tan famoso me dijo que no se trataba de bicarbonato ni polvos talco.

Volví al salón y descolgué el vífono. No me gustaba, pero había llegado el momento de que la caballería entrara en escena.